La obra de Georges Duby está consagrada fundamentalmente al estudio de las sociedades medievales de Europa occidental, proponiéndose una tarea de «reconstrucción» histórica global, a través de las condiciones demográficas, tecnológicas y ecológicas, a través de las actitudes mentales y de todos los aspectos de la civilización material.

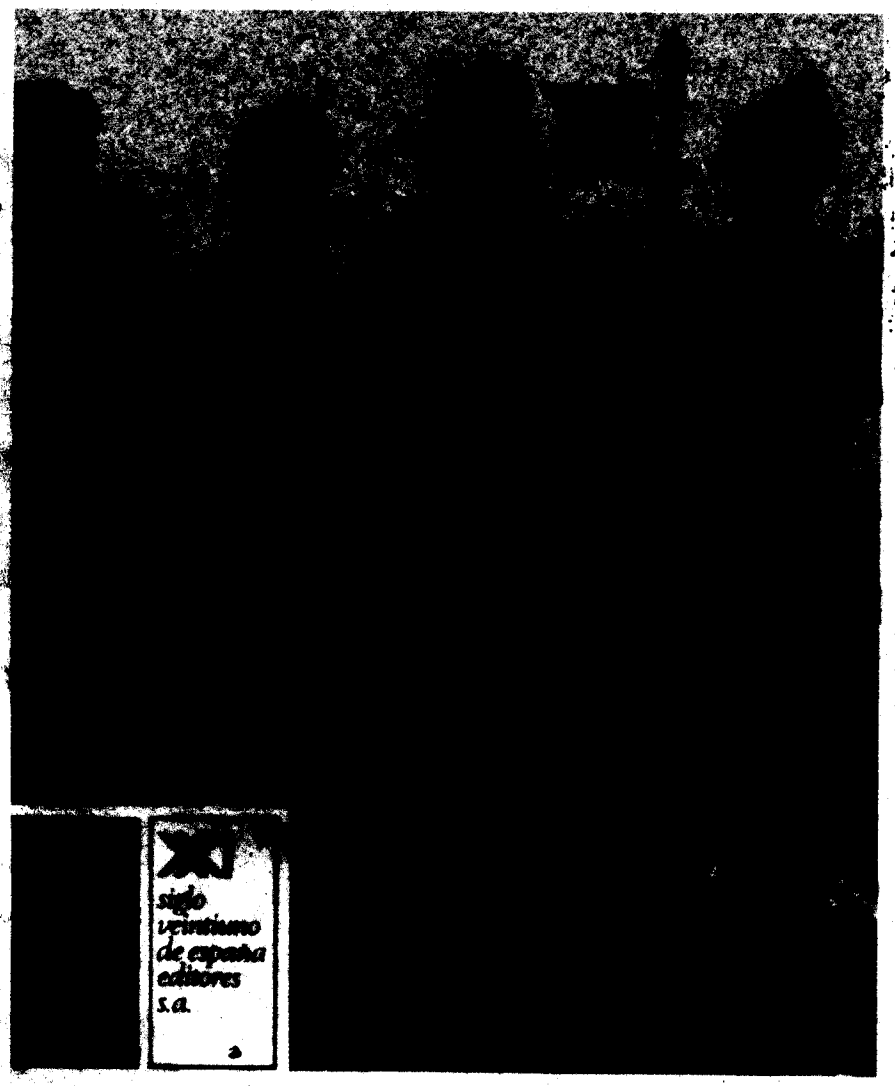
Los trabajos reunidos en este volumen pueden agruparse bajo tres epígrafes. En primer término los que se ocupan de diversos aspectos de la historia social de la nobleza. En segundo lugar los que giran en torno al estudio de sus mentalidades. Por último, los que representan una historia económico-social de los grandes señoríos rurales.

Los dos primeros epígrafes están íntimamente conectados entre sí, y mostrar la relación existente entre ellos es la preocupación permanente del autor. Los dos últimos estudios presentados tienen, por otra parte, un carácter acentuadamente metodológico. Siendo además los de más reciente fecha de redacción, proporcionan una base para aproximarnos a la comprensión del método y la ideología del autor.

De Georges Duby se ha publicado también en Siglo XXI su obra **Guerreros y campesinos: desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)**, dentro de la serie Historia Económica Mundial.

Georges Duby

Hombres y estructuras de la Edad Media



Traducción de
ARTURO ROBERTO FIRPO

HOMBRES Y ESTRUCTURAS DE LA EDAD MEDIA

por
GEORGES DUBY

prólogo de
REYNA PASTOR

siglo veintiuno editores
MÉXICO
ESPAÑA
ARGENTINA
COLOMBIA

11. LOS ORIGENES DE LA CABALLERIA *

En el siglo XIII, la caballería constituyó en el conjunto de Occidente un cuerpo muy bien delimitado y realmente establecido en el centro del edificio social. Se apropió de la superioridad y excelencia ligadas hasta entonces a la noción de nobleza. Se encarnaron en ella los valores dominantes de una cultura. ¿Cómo se forjaron los modelos, las imágenes, las representaciones mentales que otorgaron a este cuerpo su armazón y que lo instalaron en tal eminente posición? ¿Cómo alcanzó tal coherencia, cómo encontró sus límites? ¿Cómo finalmente la idea de nobleza vino a coincidir con la idea de caballería? No es aún posible, en la actualidad, dar respuestas plenamente satisfactorias a estos interrogantes, que tocan algunos de los problemas más profundos y más arduos que plantea la historia de la sociedad medieval. Pero al menos, se pueden aventurar algunas reflexiones al respecto, algunas sugerencias preliminares, algunas hipótesis de investigación; nos apoyamos en particular en algunas investigaciones recientemente realizadas a propósito de la noción de nobleza y de la noción de pobreza. Haré entonces algunas observaciones referidas casi todas a Francia, ya que mi experiencia personal de estos problemas se basa en el estudio de documentos franceses, pero también porque la lenta evolución que está aquí en cuestión fue aparentemente más precoz en Francia que en otros sitios.

Ya que se trata de delimitar y de caracterizar cierto grupo social, de reconocer cómo se pudo insertar en otras

* Texto publicado en *Ordinamenti militari in Occidenti nell'alto medioevo*, Spoleto, Presso la Sede del Centro, 1968, pp. 739-761.

categorías de la sociedad y de definir, a fin de cuentas, la imagen que los hombres de la época adquirieron progresivamente de su situación y de sus atributos, me parece un buen método empezar con el estudio del vocabulario. En el siglo XIII, una palabra latina, *miles*, era uniformemente empleada para expresar la pertenencia a aquel grupo coherente que era entonces la caballería. ¿En qué momento, de qué manera este término comenzó a usarse? No veo, desde mi perspectiva, una mejor manera de abordar el problema que la señalada, con la condición de delimitar desde el comienzo la investigación a un cierto lenguaje —el de los diplomas, cartas y reseñas—, que es el más revelador, porque es más técnico, más estricto que el de las obras literarias y porque se muestra por naturaleza proclive a definir las situaciones jurídicas, a caracterizarlas, a distinguirlas de otras. Sin duda, este vocabulario está muy ritualizado, congelado y fue muy rebelde a las innovaciones. No se debe olvidar jamás el retraso, a menudo muy marcado, con que comienza dicho lenguaje a reflejar las modificaciones concretas en la condición de las personas. El momento en el cual se adopta un título particular para designar especialmente a los miembros de una nueva categoría social es aquel, sin lugar a dudas, en que la existencia de aquel grupo es unánimemente reconocida, consagrada, admitida totalmente por la conciencia colectiva y transmitida como estructura estable a las generaciones posteriores.

1. Para precisar la aparición y difusión de la palabra *miles* en este vocabulario especializado, me apoyaré en los resultados de investigaciones que yo mismo he realizado hace ya veinte años en los documentos de la región de Mâconnais y especialmente en los cartularios de la abadía de Cluny. En efecto, este material es para los años claves de aquella historia (los años próximos al año mil) de una excepcional densidad. Que yo sepa, ninguna investigación sobre el vocabulario empleado para designar a la aristocracia ha podido ir más lejos y mis conclusiones han sufrido con éxito la prueba de la crítica. Me contentaré con resumir brevemente los hechos que he podido establecer

y que están publicados en mi libro sobre la sociedad en la región de Mâconnais [1].

a) Es exactamente en el año 971 [2] cuando la palabra *miles* aparece en las actas que se han conservado. En algunas de ellas, en las reseñas que relatan un acuerdo ante una asamblea judicial, en las concesiones de bienes en precaria, en las actas de intercambios, se observa desde entonces que aquel término sustituyó progresivamente a los calificativos que con anterioridad insistían en la subordinación vasallática, como *vassus* o *fidelis*, o, como *nobilis*, en la nobleza de nacimiento. En 1032 la transferencia ha concluido: el vocablo caballeresco ha reemplazado a las otras formas verbales que expresaban la superioridad social. De allí en adelante lo encontramos empleado de dos maneras: ya sea individualmente como título personal que los hombres ostentan en el protocolo inicial o final de las cartas; ya sea colectivamente para expresar la condición particular de ciertos miembros de una corte de justicia o de ciertos testigos. No obstante, todavía durante mucho tiempo, la palabra *miles* siguió siendo de un uso excepcional y muy irregular.

b) Un nuevo cambio se produce hacia 1075. El empleo del mencionado título —que desde hacía un tiempo estaba incorporado mucho más íntimamente al nombre de los individuos que adornaba, insertándose entre su *nomen* y su *cognomen* [3]— se expandió bruscamente. Los escribas se acostumbraron a aplicarlo sistemáticamente a todos los hombres que ocupaban cierta posición. En el cartulario del monasterio de Paray-le-Monial, realizado entre 1080 y 1109, se puede verificar que todos los personajes que no llevan tal título pertenecen a capas sociales netamente distintas de la aristocracia laica.

---

1 G. Duby, *La société aux XIe et XIIe siècles dans la région mâconnaise*, París, 1953.

2 *Recueil des chartes de l'abbaye de Cluny*, ed. A. Bernard y A. Bruel, n. 1.297.

3 *Cartulaire de Saint-Vincent de Mâcon*, ed. Ragut, n. 483 (1031-1060).

c) Finalmente, en los últimos años del siglo XI, las fórmulas de las cartas revelan tres modificaciones coincidentes. Por un lado, los más altos señores de la región, como el de Beaujeu, en las cartas que hacen redactar en su nombre comienzan a ostentar personalmente el calificativo caballeresco [4]; por otra parte, éste parece de aquí en adelante definir, en ciertas locuciones, menos la situación de un individuo que la de todo un grupo familiar [5], lo cual implica que la distinción social que este título manifiesta es desde entonces considerada como el bien de un linaje, en el que se transmite de generación en generación; por último, cuando establecen las listas de testigos, los escribas, a partir de este momento, oponen dos grupos de laicos: el de los caballeros, los *milites*, y el de los «campesinos», los *rustici* [6]. Estas nuevas acepciones de la palabra *miles* nos hacen pensar que, en la región de Mâconnais, el movimiento que se inicia antes de 980 llega a su término a fines del siglo XI. En efecto, después de esta fecha, el lenguaje de las actas jurídicas considera a la caballería como un grupo coherente, compacto, estrechamente unido alrededor de una condición familiar hereditaria, como un cuerpo vinculado a los grados superiores de la nobleza y, en consecuencia, identificado absolutamente con la aristocracia laica.

2. Actualmente es posible confrontar estas consideraciones, que conciernen a una pequeña provincia de la Francia central, con otras observaciones que son también locales y que parecen menos sólidas y menos claras por la pobreza del material documental en el que se apoyan.

a) Me referiré en primer lugar a los resultados de algunas indagaciones realizadas en las fuentes, muy escasas, de la Provenza. Aquí la palabra *miles*, que posee un equivalente, *cavallarius*, parece haber sido adoptada por los redactores de cartas después de 1025, sensiblemente más

[4] *Recueil des chartes de l'abbaye de Cluny, op. cit.*, n. 3726 (1096).
[5] *Ibid.* n. 3677 (1094), 3758 (1100), 3822 (1103-1104).
[6] *Cartulaire de Saint-Vincent de Mâcon, op. cit.*, n. 548 (1074-1096),

tarde que en Mâconnais. Pero, por el contrario, dos fenómenos se manifiestan más precoces: la oposición formal, en las listas de testigos, entre caballeros y campesinos (el primer ejemplo conocido es de 1035) [7] y la adopción del calificativo caballeresco para los más grandes señores; en 1035, en el preámbulo de una reseña del cartulario de Lérins, la madre de dos «príncipes» de Antibes dice que uno de ellos es obispo y el otro caballero [8]. A. Lewis, a partir de 975, también observa, al oeste del Ródano, que las menciones de caballeros se multiplican en los documentos y que después de 1020 los castellanos ostentan el título caballeresco [9].

b) En la Isla de Francia, las investigaciones minuciosas realizadas por J. F. Lemarignier sobre los diplomas de los primeros capetos muestran que la palabra *miles* entró en uso en 1022-1023, es decir, en el momento en que aparecen los primeros indicios que prueban la existencia de castellanías independientes; a partir de 1060 los castellanos adoptan tal título [10].

c) Por último, me permitiré relacionar estas observaciones dispersas con los resultados de investigaciones que realizo actualmente sobre las estructuras familiares de la aristocracia y sobre los escritos genealógicos de la Francia del norte. De allí he extraído dos observaciones complementarias: las fuentes muestran que en la región de Flandes, en el último tercio del siglo XII, como más tarde, los hijos de los más grandes señores otorgaban un gran valor a la condición de caballero; por otra parte muestran que la familia de un hombre como Lamberto de Wattrelos, autor de los *Annales Cameracenses*, situado en el nivel más modesto de la aristocracia, había comenzado a constituirse en linaje alrededor de la condición caballeresca hacia mediados del siglo XI [11].

[7] *Cartulaire de l'abbaye de Lérins*, ed. Moris y Blanc, n. 74.
[8] *Ibid.* n. 113.
[9] A. Lewis, «La féodalité dans le Toulousain et la France méridionale», *Annales du Midi*, 1964.
[10] J.-F. Lemarignier, *Le gouvernement royal aux premiers temps capétiens, 937-1108*, París, 1965, p. 133.
[11] *Cf. supra*, cap. 8.

Sería importante proseguir las investigaciones y multiplicar los estudios regionales. Se puede esperar mucho, por ejemplo, de las investigaciones que actualmente realizan los discípulos de Philippe Wolff en el sur del reino de Francia, en la región de Toulouse y en Cataluña. Pero, en el estado presente del trabajo histórico, podemos ya percibir la existencia de una evolución que se desarrolla en los niveles superiores de la sociedad laica, o más bien de una modificación progresiva de la imagen que los hombres se hacían en la época de la aristocracia y de su situación jurídica. Es también posible discernir la orientación y amplitud de esta evolución. Sin duda el movimiento duró mucho en ciertas regiones: a menudo debemos situar su origen más temprano en los años setenta del siglo X, estando todavía en marcha a comienzos del siglo XII; tal vez fue más brusco en la región más meridional de Francia, donde la institución real se debilitó tempranamente. Pero el segundo tercio del siglo XI es el momento decisivo en todas partes. Este movimiento logró, en todo caso, unir a las diversas capas de la aristocracia mediante el uso común de un título, *miles*, y la participación común en los valores morales y en la superioridad hereditaria que aquel título expresaba, y mezclar así los estratos más elevados, que hasta entonces habían constituido propiamente la nobleza, con los inferiores.

3. Sin dejar de emplear los mismos métodos, desplacemos la observación hacia otras regiones. Si franqueamos hacia el norte y hacia el este las fronteras del reino de Francia, se percibe que el movimiento que se consumó en Mâconnais hacia 1110 no alcanzó sino un siglo más tarde a Lotaringia y las provincias germánicas. En efecto, durante el siglo XII, el vocabulario jurídico continúa distinguiendo claramente, en estas comarcas, una «nobleza», identificada con la verdadera condición libre, y una caballería, considerada como netamente subordinada. Léopold Génicot ha demostrado, por ejemplo, que las fórmulas finales de las cartas de la región de Namur, hacia 1200, distinguen cuidadosamente a los testigos que son *nobiles* de aquellos que no son más que *milites*. Como lo hacen hacia 1225 los

escribas del ducado de Gueldre [12], como lo hace Gisleberto de Mons, muy buen observador de las realidades jurídicas, en su crónica de Hainaut [13], y como lo hace también en 1207 una ordenanza de Felipe de Suabia [14]. Otras fuentes que no son jurídicas manifiestan claramente la existencia de una distinción estricta entre nobleza y caballería en las representaciones mentales. En su tratado *De imagine mundi*, Honorius Augustodunensis explica que el género humano fue repartido, después del diluvio, en tres categorías sociales, los *liberi*, hijos de Sem, los *milites*, hijos de Jafet y los *servi*, hijos de Cam [15]. Algunas décadas más tarde esta división fue retomada por aquella crónica alsaciana de 1163, evocada por Karl Bosl [16], en la que se puede leer que Julio César, después de haber conquistado las Galias, estableció a los senadores como *principes* y a los simples ciudadanos romanos como *milites*; desde entonces los caballeros, superiores a los rústicos pero inferiores a los nobles, cooperan en el mantenimiento de la paz.

Esto es lo que nos enseña el estudio del vocabulario. Ahora hay que interpretarlo, es decir, plantear tres interrogantes. ¿Por qué en Francia, a fines del siglo X, la palabra *miles* comenzó a ser preferida entre los escribas a otros términos, para definir una superioridad social? ¿Por qué los valores que encerraba este vocablo se transformaron en los cimientos de lo que es posible llamar una conciencia de clase? Por último, ¿por qué este movimiento fue propio del reino de Francia (la carencia de estudios apropiados no nos permite apreciar bien lo que ocurrió en Italia, en Inglaterra y en los reinos cristianos de España) y por qué

---

12 J. M. van Winter, *Ministerialiteit en ridderschap in Geldre en Zutphen*, Groninga, 1962.

13 *M. G. H., SS*, XXI, pp. 571, 578, 584.

14 *M. G. H., Constitutiones*, II, p. 17.

15 Migne, *Pat. Lat.*, CLXXII, col. 166.

16 «Kasten, Stände, Klassen in Deutschland»: coloquio organizado en diciembre de 1966 por el Centre de Recherches sur la Civilisation de l'Europe Moderne de la Sorbona (Problemas de estratificación social: castas, órdenes y clases).

las regiones del Imperio que acogieron la noción de caballería no la confundieron en seguida con la noción de nobleza?

1. Para intentar dar respuesta al primero de estos interrogantes, el medio más seguro es retomar la palabra *miles* ahora desde una perspectiva semántica, para buscar cuál era su significación en la época en que fue adoptada por los redactores de cartas y, en la región francesa, preferida a otros términos, como *fidelis*, y como *nobilis* sobre todo, al cual terminó por eclipsar. ¿De qué peso, de qué valores sentimentales estaba cargada a causa de sus usos anteriores? Con tal propósito es conveniente interrogar no solamente a los diplomas y a las reseñas, sino a otro lenguaje, el de las obras literarias, que hasta ahora he dejado voluntariamente de lado para Francia.

a) A fines del siglo X, la palabra *miles* (que no posee femenino, de suerte que cuando suplanta en las cartas al término *nobilis*, el empleo de este adjetivo se mantiene firmemente para caracterizar a las esposas y a las hijas de los caballeros) parece poseer indudablemente una significación militar. Se la utilizaba para designar a los combatientes o, más exactamente, a una cierta categoría de combatientes, a los caballeros. Testimonio de esta acepción es el empleo que hace Richer de esta palabra: en la descripción de los combates, opone *milites* a *pedites* y para expresar la misma realidad social usa indiferentemente dos expresiones, *ordo militaris* y *ordo equestris* [17]. Un testimonio más claro aún es la equivalencia entre las palabras *miles* y *caballarius* [18] en las cartas que provienen del Mediodía de Francia, es decir, de las regiones donde los términos del lenguaje vulgar aparecen más fácilmente en el lenguaje de los escribas, como lo muestran las investigaciones de F. L. Ganshof sobre el vocabulario feudal. En el siglo XI, en Provenza, en Languedoc, en Cerdeña, en Cataluña, el término latino clásico y el término dialectal latinizado son sinónimos. Tal equivalencia expresa con precisión que el único guerrero digno de ese nombre era, a los ojos de los hombres de aquel tiempo, el que utilizaba un caballo. En consecuencia, el éxito de la palabra *miles* debe ser relacionado con la evolución de las instituciones propiamente militares, cuyo estudio ha sido el objeto de nuestro encuentro. Este éxito traduce en verdad la toma de conciencia de tres hechos complementarios: un hecho técnico, la superioridad del caballero en el combate; un hecho social, la relación entre el género de vida considerado noble y el empleo del caballo, relación aún muy mal estudiada pero ciertamente muy profunda y antigua (sería conveniente que las investigaciones llegaran hasta las tumbas de los caballos vecinas a las de los jefes en la prehistoria germánica y, en la antigüedad clásica, hasta la significación social de la equitación); por último, un hecho institucional, la limitación del servicio de armas a una élite restringida. Sin embargo, estos tres hechos, cerca del año mil, eran ya muy antiguos; el tercero, sin duda el más reciente, puede encontrarse ya en textos del siglo IX, como la *Adnuntiatio Karoli* o en el Capitular de Quierzy, que reservaban la obligación de combatir, excepto en el caso de invasión, a los vasallos enfeudados de los príncipes [19]. Hay que hallar, pues, otras razones que expliquen la irrupción del vocablo caballeresco en las cartas del año mil, aparte de los cambios que recientemente

[17] I, 5; I, 7; IV, 11, 18.

[18] *Cavallarius: Cartulaire de l'abbaye de Lérins, op. cit.*, núm. 29 (1038); *Cartulaire de Saint-Victor de Marseille*, ed. B. Guerard, n. 799 (1042), 834 (1058), 209 (1029); *cavallaria:* Devic y Vaissette, *Histoire de Languedoc*, t. V, n. 425 (1105). La equivalencia entre los dos términos es muy evidente en un acta de homenaje realizado por un castellano de Cerdeña a fines del siglo XI, citado por P. Guilhiermoz, *Essai sur l'origine de la noblesse en France au moyen âge*, París, 1906, p. 142, n. 15.

[19] El capitular de Meersen (Bor., II, 71), después de la repartición de Verdún, autoriza a seguir a su señor si éste reside en otro reino, salvo en caso de invasión, en que todo hombre está obligado a *lant weri* en el reino donde habita. El capitular de Quierzy (Bor., II, 358) permite a los herederos de un fiel reclamar el honor; pero si prefieren vivir tranquilamente en su alodio, nada se les solicitará salvo en caso de invasión. Ya en esta época, dejando aparte las levas en masa *pro defensione patriae*, la actividad militar era un servicio ligado al vasallaje y al beneficio.

habían afectado a los métodos de combate y a la condición de los guerreros.

b) En realidad, inmediatamente se percibe que el sentido propiamente militar de la palabra *miles* no era en el año mil su sentido más profundo. Retomaré al respecto algunas observaciones, algo abandonadas desde los trabajos de Marc Bloch, de P. Guilhiermoz, cuyo *Essai sur l'origine de la noblesse en France au moyen âge* sigue siendo la obra de base para toda investigación de este género, debido especialmente a su aparato crítico, al enorme esfuerzo de erudición sobre la que reposa. Los textos citados por Guilhiermoz incitan a pensar que la palabra *miles* significaba ante todo servir, por su historia más lejana y por los usos que la Edad Media había heredado de la Baja Antigüedad. En efecto, el lenguaje oficial del Bajo Imperio había utilizado este término, sus derivados y todas las expresiones metafóricas que de él provenían, como la imagen del *cingulum militiae,* para designar el servicio público en la casa del Emperador. Esta significación dirigió desde entonces todas las interpretaciones de ciertos pasajes de la Vulgata y, particularmente, de dos textos de San Pablo, que todos los escribas del año mil habían leído y releído: *Arma militiae nostrae non carnalia sunt* (II Cor., X, 4) y *Labora sicut bonus miles Christi Jesu* (II Tim., II, 3). El valor semántico aplicado a estos vocablos explica que las biografías de santos merovingios hayan hablado de sus héroes como de *milites Dei*; explica también que, tanto en San Gregorio de Tours como en los Evangelios y en los Hechos de los Apóstoles, *miles* definiera a los auxiliares subalternos del poder público encargados de cuidar las prisiones y de ejecutar a los criminales; por último, explica por qué en la época carolingia, mientras renacían los estudios y el latín se purificaba por un retorno a las fuentes clásicas y paleocristianas, mientras que en el marco del vasallaje la acción militar adquiría poco a poco el aspecto de un servicio especializado, honorable y privado —el de un caballero que recibía un beneficio—, el término *miles* fue a menudo preferido a aquellos que, como *vassus,* tenían su origen en el habla vulgar, para caracterizar a los hombres que servían con las armas siguiendo a un jefe o bien —este caso se

encuentra en *De ordine palatii*— a los jóvenes de la aristocracia mantenidos en la casa del rey para realizar allí su aprendizaje. Indudablemente, para todos los escritores del año mil la expresión *militari alicui* no podía significar otra cosa que servir en vasallaje.

c) Pero este mismo valor de subordinación que comportaba el vocablo caballeresco impedía a escritores como Flodoard, Abbon, Richer, Gerbert o Dudon de San Quintín, contemporáneos de los primeros escribas de Mâconnais que empleaban la palabra *miles* como calificativo social, aplicar el vocabulario de la *militia* a todos los miembros de la aristocracia laica. Ninguno de ellos dejó de establecer una clara distinción entre los *principes,* los *proceres,* los *optimates,* es decir, los nobles, y por otra parte la masa de los caballeros [20]. Todos proponían la imagen de un edificio social de dos niveles, ubicando a los «príncipes», responsables de la paz pública ya fuera por una delegación del poder real, ya por un carisma atribuido por Dios a ciertas estirpes, muy por encima de los auxiliares que los ayudaban a cumplir aquella misión, hombres de armas como ellos y estrechamente asociados a su función, pero subalternos, dependientes, alimentados y recompensados por sus dones. En síntesis, la estructura que muestran las obras literarias de fines del siglo X es la misma que perduró en Lotaringia y en Germania hasta después de 1200. Estas observaciones permiten, pues, comprender fácilmente que, en el vocabulario de las cartas de Mâconnais, la palabra *miles* haya podido reemplazar a términos como *vassus* o como *fidelis,* que evocaban también la sumisión y el servicio. Pero se acrecienta la dificultad ante otro interrogante, situado en el corazón mismo del problema: ¿cómo la misma palabra pudo poco a poco desplazar a *nobilis,* ser ostentada como un título hacia fines del siglo XI por nobles indiscutibles como los príncipes de Antibes, los castellanos de la Isla de Francia o los señores de Beaujeu?

---

[20] Flodoard, *M. G. H., SS,* III, 396. Cuando Richer quiere situar a un personaje muy por debajo de la nobleza de los «príncipes», dice que proviene *ex equestri ordine* (I, 5) o *de militari ordine* (IV, II).

2. Por mi parte propondré conectar esta sustitución con una doble y lenta maduración, situada una en el plano de las actitudes y las representaciones mentales y la otra en el plano de las instituciones públicas. Para comprender bien el primero de estos fenómenos es conveniente observar en principio la germinación y la evolución progresiva de la teoría de los *ordines*, partiendo esta vez del nivel carolingio. Cuando los hombres de la Iglesia se dedicaron a reflexionar sobre la vocación respectiva de los diferentes cuerpos de la sociedad humana y sobre las diversas misiones que Dios asigna a los hombres al colocarlos en tal o cual condición terrenal, descubrieron rápidamente que en realidad existían en su época dos maneras diferentes de *militare*, de servir a Dios y de cooperar al bien público: a través de las armas y de la plegaria. En una carta del papa Zacarías a Pipino, en 747, el discurso opone los príncipes a los obispos, los *saeculares homines* a los clérigos, los *bellatores* a los *Dei servi*, cooperando cada uno de ellos según su propia vocación en la defensa del país[21]; en 833, en los escritos de Agobard, la oposición se establece entre dos *ordines*, el «militar» y el eclesiástico, es decir, entre la *saecularis militiae* y el *sacrum ministerium*[22]. En verdad, estos primeros escritos señalan solamente la división profunda de la sociedad cristiana entre el servicio de Dios y el estado laico, los cuales debían permanecer estrictamente separados según lo señalan los cánones del concilio de Meaux-París en 845-846[23]. Como todas las metáforas que definen la penitencia o la profesión monástica por el abandono del arnés militar, estos textos caracterizan simplemente a la «milicia secular», la manera de servir en el siglo, por el uso de aquellas «armas carnales» de las que hablaba San Pablo. Pero en los *Miracles de Saint-Bertin*, a fines del siglo IX, aparece otra división, esta vez triple, que separa a los *oratores* y a los *bellatores* del *imbelle vulgus*[24] y que conduce naturalmente al esquema propuesto, durante los años treinta del siglo XI, por los obispos de la Francia del

[21] Codex Carolinus, 3, *M. G. H., Epist. Karolini aevi*, I, 480.
[22] *M. G. H., Epist. Karolini aevi*, pp. 191-192.
[23] *Non possunt simul Deo et saeculo militari*, Bor., II, 407.
[24] *M. G. H., SS*, XV, 513.

norte, Gerardo de Cambrai (*oratores, agricultores, pugnatores*)[25] y Adalberon de Laon (*orare, pugnare, laborare*)[26]. A propósito de la formación y difusión de este esquema tripartito, que representa un momento capital en el movimiento del cual nace la noción de caballería, se imponen tres observaciones.

a) Ninguno de los escritores de los siglos IX, X y XI empleó jamás la palabra *miles* para designar a los miembros del *ordo* que el designio divino consagraba, según ellos, a la actividad guerrera. Todos sentían que en este término la significación propiamente militar se encontraba de hecho eclipsada por la noción de servicio. Esta es la razón por la que aquellos literatos eligieron otros vocablos del latín clásico, *bellator, pugnator*, para expresar con pureza la vocación guerrera. Agreguemos que cuando Adalberon de Laon desarrolla su pensamiento, está muy claro que para él la oposición entre los «guerreros» y los «trabajadores» es equivalente a la oposición entre nobleza y servidumbre[27]. Para él, aquellos «combatientes, protectores de las iglesias, que defienden a todo el pueblo, grandes y pequeños», no son en absoluto *milites* sino *nobiles*, entre los cuales coloca en primer lugar al rey y al emperador.

b) La delimitación del tercer orden, el cual a comienzos del siglo XI tiene una misión particular, la del trabajo, y más específicamente la del trabajo rural, parece vincularse al progreso de una concepción del ordenamiento social diferente de la anterior —recientemente puesta en evidencia por Karl Bosl— que, en el pueblo de Dios, vino a establecer la distinción más importante entre los «poderosos» y los «pobres»[28]. Según este nuevo esquema, que ciertos movimientos del pensamiento religioso precisaron y vulgariza-

[25] *M. G. H., SS*, VII, 485.
[26] *Carmen ad Rodbertum regem*, v. 298, ed. Hückel, en *Bibl. Fac. des Lettres de Paris*, XIII, 156.
[27] *Ibid.*, v. 279.
[28] K. Bosl, «*Potens* und *Pauper:* Begriffsgeschichtliche Studien zur gesellschaftlichen Differenzierung im frühen Mittelalter und zum 'Pauperimus' des Hochmittelalters», en *Alteuropa und die moderne Gesellschaft: Festschrift für Otto Brunner*, Gotinga, 1963.

ron poco a poco en el curso del siglo x, los *pauperes* constituían en el seno del orden laico una categoría que, como el orden de los servidores de Dios, se encontraba desarmada, vulnerable y que por esta razón reclamaba, como los servidores de Dios, una protección particular. De este modo, mientras se expandía aquella imagen, el hecho de portar armas y las misiones específicas que parecían estarle asociadas se convirtieron poco a poco, en el seno de las representaciones mentales a que daba lugar la teoría de los *ordines*, del mismo modo que en la realidad a causa de la evolución de las instituciones militares, en asunto de un sector tan sólo de los laicos. Así, poco a poco se desplazó la barrera social. Antes se establecía entre nobleza y servidumbre, ahora terminó por separar netamente a la masa de los «pobres» de los poderosos, es decir, esta vez de toda la «milicia secular».

c) De esta transferencia proviene sin duda la verdadera mutación que impuso lentamente nuevas actitudes con respecto a la vocación militar, particularmente entre los clérigos, entre los maestros del pensamiento, en el mundo de los escritores y de los redactores de cartas. Por esta razón se debe hacer un lugar especial, entre los textos que permiten percibir este movimiento a través de las formas verbales que lo traducen, a la vida de San Géraud de Aurillac, escrita en los años treinta del siglo x por San Odón, abad de Cluny [29].

Notemos que este texto capital proviene de la Francia del sur, es decir, de la región que parece haber sido el crisol de las nuevas estructuras anticarolingias, donde la sociedad feudal encontró algunos de sus cimientos. Es capital porque es la primera de las *Vitae* cuyo héroe no es ni un rey ni un prelado, sino un laico, un príncipe, auténtico representante de la *nobilitas*. Es capital sobre todo porque muestra que un «noble», un «poderoso» puede acceder a la santidad, transformarse en un *miles Christi*, sin deponer

[29] El estudio más reciente en J. Fechter, *Cluny, Adel und Volk: Studien über das Verhältnis des Klosters zu den Ständen, 950-1156*, Stuttgart, 1966.

las armas. El propósito de San Odón es definir lo que podría llamarse una santidad laica, o más precisamente noble; en definitiva, conferir a la actividad militar, función específica de la nobleza, un valor espiritual. Por esto, se dedica a mostrar que San Géraud llegó a unir el ejercicio del poder con la práctica de la humildad y la preocupación por los pobres, es decir, con dos virtudes propiamente monásticas [30]. Odón de Cluny puntualiza en particular las funciones del hombre de armas. «*Licuit igitur laico homini in ordine pugnatorum posito* (al igual que Adalberon de Laon o que Gerardo de Cambrai, Odón no utiliza la palabra *miles* para designar al grupo de especialistas del combate; para él significa, como acabamos de ver, o bien el servidor de Dios, o bien el «joven», es decir, el compañero de armas del señor) *gladium portare ut inerme vulgus velut innocuum pecus* (el pueblo está a la vez desarmado y es inocente) *a lupis, ut scriptum est, vespertinis defensaret. Et quos ecclesiastica causa subigere nequit, aut bellico aut vi judiciaria compesceret*» [31]. Están, pues, aquí propuestas las dos funciones que justifican, en el sentido más exacto del término, el portar armas: la protección de los pobres y la persecución de los enemigos de la Iglesia. San Odón recoge esta idea central en sus *Collationes* [32] cuando afirma que los poderosos reciben de Dios su espada no para deshonrarla sino para perseguir a aquellos que se vuelven contra la autoridad de la Iglesia oprimiendo a los pobres.

Observamos en este caso con exactitud el punto de inserción en la teoría de los *ordines* de la dialéctica poder-pobreza. En la zona de Aquitania, donde el poder del rey perdió más temprano su eficacia, se ofreció por primera vez a los poseedores de armas seculares un camino de salvación y de perfección espiritual: cumplir la misión propia de la realeza asumiendo, en lugar del soberano incapaz desde hacía tiempo de dedicarse a esta tarea, la defensa de la Iglesia y de los pobres, es decir, de los otros dos órdenes de la sociedad. Esta propuesta estaba destinada a los *bella-*

[30] *Vista Geraldi*, en *Bibliotheca Cluniacensis*, 84.
[31] *Ibid.*, 7.
[32] III, 24, en *Bibliotheca Cluniacensis*, 236.

tores; en primer lugar, pues, a los *optimates*, a los príncipes, a los nobles. Pero en realidad éstos no iban solos al combate. No hubieran podido cumplir el papel que se les asignaba sin la ayuda de sus auxiliares naturales, aquellos especialistas de la guerra, los caballeros, a quienes distribuían feudos o a los que mantenían en sus residencias. El llamamiento concernía, pues, a todos los portaespadas, es decir, a los miembros de ambos grupos, *principes* y *milites*, asociados por lazos feudo-vasalláticos al «poder» y a la actividad militar. Valorizando esta última, el progreso del pensamiento religioso en el curso del siglo x construyó en el plano espiritual un marco en el que la *nobilitas* y la *militia* podían coincidir en el servicio de Dios y de los pobres.

3. En ese mismo momento, en Aquitania, en Provenza, en el reino de Borgoña, un poco más tarde en el norte del reino de Francia (pero no más allá de sus límites septentrionales y orientales, en Lotaringia y en las regiones germánicas), se preparaba el doble cambio institucional, cuyas manifestaciones vemos desarrollarse entre el fin del siglo x y los alrededores de 1030 (es decir, en el preciso momento en que la palabra *miles* en las cartas de Mâconnais sustituye a la palabra *nobiles*), que favoreció también, ya no en el plano espiritual, sino en el temporal, la fusión de la nobleza y de la caballería.

a) La primera de estas modificaciones concierne a la distribución de los poderes de mando. Lo que en ciertas regiones se denominaba el bando pierde entonces su carácter público. En el marco de las castellanías, los señores se lo apropian y se sirven de él para imponer exacciones. La manera en que se organiza esta explotación de la autoridad precisa y muestra a la vez la separación entre *potens* y *pauperes*. Son solamente los «pobres», es decir, los trabajadores, es decir, los campesinos (es decir, los miembros del tercer orden de Adalberon o de Gerardo de Cambrai), los que sufren las coacciones y las requisas del poder de bando. Los nobles están exentos y es este privilegio el que los define en el poema de Adalberon:

Sunt alii quales constringit nulla potestas
Crimina si fugiunt quae regum sceptra coercit[33].

Pero están exentos también todos los *milites*. Es esta situación de exención lo que los caracteriza jurídicamente, lo que los erige en clase coherente, claramente delimitada, que necesita (en el momento en que las viejas nociones de libertad y de servidumbre tienden a borrarse en el seno de la clase antagónica de los trabajadores) el empleo de un título capaz de definir exactamente esta nueva situación personal. La aparición de este título en las actas jurídicas responde de hecho al establecimiento de una frontera precisa que rodea a la aristocracia y que reúne a sus diferentes estratos bajo un mismo derecho. *Miles* fue en aquel momento elegido y preferido a *nobilis* porque era un sustantivo, para salvaguardar sin duda el honor de los descendientes de los viejos linajes que pretendían que su título distintivo no fuera mancillado, pero sobre todo, creo, porque la nueva frontera se localizaba en la base del sector aristocrático, porque lo que importaba era separar claramente al grupo de los caballeros, el menos elevado de los estratos de la aristocracia, del pueblo. Así se constituyó aquella barrera social, fundamental de allí en adelante, entre *milites* y *rustici*, que encontró su traducción a partir de 1035 en las fórmulas finales de las cartas provenzales y, hacia 1080, en las de las cartas de Mâconnais.

b) Pero el establecimiento de castellanías independientes y la instalación de los derechos de bando están en estrecha relación con otra innovación, la instauración de las instituciones de la paz de Dios; y es sin duda en los textos que conciernen a estas instituciones[34] y en los cánones de los concilios que se reunieron para implantarlas donde antes y con más claridad se encuentra formulada la oposición entre los caballeros y los campesinos. He intentado mostrar en otra parte, en una ponencia presentada en 1965 en la Semana de Estudios de la Mendola, que este movimiento

[33] *Carmen ad Redbertum regem*, v. 282-283.
[34] Reunidos en L. Huberti, *Studien zur Rechtsgeschichte der Gottesfrieden und Landfrieden*, Ansbach, 1892.

que parte del sur del reino de Francia, de las provincias donde la huella carolingia fue muy leve y donde se sintió más cruelmente la extinción del poder monárquico, representó un esfuerzo de la Iglesia para asegurar, con la ayuda de los príncipes pero usando armas esencialmente espirituales, la defensa de los pobres, los cuales, desde el primer concilio de paz, el de Charroux de 989, fueron definidos como campesinos. Esta tentativa se inscribió en el marco mental de la teoría de los *ordines*, a cuya maduración contribuyó singularmente (al mismo tiempo que constituía una justificación para el establecimiento y la repartición de las exacciones del bando). La acción para la *reformatio pacis*, sus consignas, las decisiones que la sostenían, todas sus fórmulas y las representaciones ideales a las que éstas dieron lugar, contribuyeron muy vivamente, a partir de 990 y durante todo el siglo XI, a reforzar el sentimiento de que la caballería constituía un grupo social coherente. En primer lugar, porque reunía a toda la *militia*, a todos los *caballarii*[35] en una común reprobación, porque organizaba contra el cuerpo entero, para protegerse, un sistema de prohibiciones, porque lo englobaba, como hizo el obispo Jordán de Limoges en 1031, bajo una misma maldición[36]. Pero en una segunda fase, sin que se disiparan en seguida la desconfianza y condenas de los hombres de la Iglesia frente a los caballeros, el ideal que propagó el movimiento de la paz terminó uniendo los modelos que había propuesto cien años antes Odón de Cluny: la acción por la paz de Dios exaltó en aquel momento la función militar y la asoció a la construcción del reino de Dios. Debido a las prescripciones de la tregua, a aquella influencia del espíritu de paz sobre el espíritu de cruzada, la caballería apareció cada vez más en Francia, entre 1030 y 1095, como uno de los caminos de la *militia Dei*, paralela al sacerdote y a la profesión monástica; se sobrecargó de tantos valores espiri-

[35] Este es el término, opuesto a *villani*, que utilizan el texto latino de los juramentos de paz prestados en Verdun-sur-le-Doubs, por instigación del obispo de Beauvais, y los cánones del concilio de Narbona en 1054 (Huberti, *op. cit.*, I, 167, 320).

[36] *Ibid.*, I, 214.

tuales que los miembros de la alta nobleza muy rápidamente aceptaron ostentar el título caballeresco.

Pero en verdad, la diversidad siguió caracterizando a la aristocracia francesa. Señalaré, al respecto, para terminar con las observaciones lingüísticas que he realizado a lo largo de esta exposición, como principal soporte para mis reflexiones, algunos cambios muy significativos que afectaron el vocabulario en el último tercio del siglo XI. En las cartas se observa la reaparición de la palabra *nobilis* y sus equivalentes, pero esta vez como epítetos honoríficos que acompañan al sustantivo *miles*, para señalar el brillo particular de un caballero al que la posesión de un castillo o de un poder de bando colocaba en la cumbre de la aristocracia local[37]. Con la misma voluntad de precisión y para dar cuenta de la heterogeneidad económica y social de la caballería, los autores que escriben obras literarias hacia 1110 se preocuparon por distinguir los *milites gregarii* de los *milites primi* o *mediae nobilitatis*. Sin embargo, y esto es lo que interesa, la aristocracia en Francia constituía un todo hacia fines del siglo XI, a pesar de aquella diversidad y de que estuviera dividida en estratos superpuestos a causa de la desigual distribución de la riqueza y del poder. Se identificaba con el viejo *ordo pugnatorum*, transformado decididamente en *ordo militum*. Ciertos ritos la unían ahora alrededor de la condición caballeresca (aquí debería tener cabida esa historia de la ceremonia de ser armado caballero, que está aún por hacer y que permitirá sin duda ver claramente cómo se reforzó poco a poco la conciencia de clase), alrededor de la liturgia que la Iglesia creó para consagrar al *miles Christi* y alrededor de la moral común que fue cada vez más importante, dentro de un marco cuyo primer constructor había sido Odón de Cluny.

Lotaringia y las regiones germánicas recibieron sin duda esta moral y todo lo que infundía un nuevo valor espiritual a la vocación militar. Podemos estar seguros de ello si con-

[37] Por ejemplo, en Mâconnais, *cf. Recueil des chartes de l'abbaye de Cluny*, *op. cit.*, n. 3438 (hacia 1070).

sideramos el importante lugar que en aquellas regiones atribuyeron los cronistas del siglo XII a la *militia* de los más grandes príncipes [38]. Sin embargo, los propagadores de la *reformatio pacis* no habían franqueado la frontera que separaba al reino de Francia de las tierras del Imperio, cuyo soberano, afirmaba hacia 1025 el obispo de Cambrai, conservaba por sí solo la fuerza suficiente para mantener la paz; de hecho, la autoridad monárquica permaneció allí sólida, sin perder el pleno ejercicio del poder público. No se vio demasiado afectada por la doble mutación —el establecimiento de la paz de Dios y la construcción de las castellanías independientes— que permitió en el reino de Francia y en el reino de Borgoña, la fusión de los valores de la caballería y de la nobleza. Esta fue la razón principal —me permito al menos formular como conclusión esta hipótesis— por la que en las provincias alemanas y lotaringias, durante todo el siglo XII y hasta la tardía victoria de los modelos culturales transmitidos por la literatura cortés francesa, la supervivencia de las viejas estructuras políticas carolingias y reales mantuvo viva y llena de resonancias concretas la antigua distinción que separaba a los caballeros de los príncipes, portadores exclusivos de la absoluta libertad y los únicos considerados como verdaderos nobles.

[38] Véanse a este fin los textos reunidos por Guilhiermoz, *op. cit.*, pp. 400-401, n. 19.

12. SITUACION DE LA NOBLEZA EN FRANCIA A COMIENZOS DEL SIGLO XIII *

El largo movimiento que hizo progresivamente de la aristocracia una verdadera nobleza, en la evolución de la sociedad francesa, parece consumarse en las proximidades del año 1200. En verdad, son escasos los trabajos que den una descripción precisa y segura de aquella categoría social. Me limitaré, pues, a presentar aquí algunas reflexiones, que no pretenden otra cosa que abrir perspectivas de investigación y jalonar un campo de trabajo que está ampliamente abierto. Haré simplemente el esfuerzo, ubicándome a comienzos del siglo XIII, de plantear un problema de historia social que está por resolver en su conjunto, ligándolo a la historia económica pero también a la historia de las mentalidades; me referiré en consecuencia a documentos de interés capital, a fuentes literarias, ya que se trata de comprender las actitudes psicológicas colectivas del pasado.

1. Desde comienzos del siglo XI, en la región francesa, la aristocracia constituía un cuerpo estrictamente delimitado, en particular por el privilegio de que gozaba de escapar a los impuestos señoriales que pesaban sobre los campesinos, sobre los trabajadores, sobre los *laboratores*. No obstante, en el seno de este cuerpo, de este orden, de este *ordo*, para retomar la terminología propuesta por los intelectuales en los años 1020-1030, existían diferencias. En realidad observamos que la nobleza está dividida en dos niveles. Por un lado, una pequeña élite, hombres que en las cartas son distinguidos con el título de *dominus*, el equivalente del francés *sire*: son los poseedores de casti-

* Conferencia pronunciada en la Universidad de Amsterdam el 6 de febrero de 1969 y publicada en *Tijdschrift voor Geschiedenis*, 1969, pp. 309-315.

llos, los que tienen el poder de dirigir, castigar y explotar a los campesinos, lo que denominamos el poder de bando; por otro lado, los simples caballeros, los *milites*, verdaderamente subordinados, situados en una posición social y económica muy inferior a la de los castellanos, sometidos a ellos por los deberes feudales, obligados a servirles, a combatir por ellos, a constituir su corte.

2. Lo que parece haber ocurrido a comienzos del siglo XIII —más exactamente entre 1180, aproximadamente, y 1220-1230— es la desaparición de las diferencias entre los dos niveles de la aristocracia, una fusión rápida, un acercamiento, una reducción de las distancias que tiempo atrás había separado a los castellanos de los simples caballeros.

Este movimiento se manifiesta a través de diferentes signos.

En primer lugar, la importancia que reviste para los más altos señores su entrada en la caballería, la ceremonia de ser armados caballeros, la entrega de armas. Hago referencia a un texto extremadamente rico que revela los comportamientos y las actitudes mentales de la aristocracia de la época, la *Histoire des comtes de Guines* (señores del norte del reino, en la frontera de Flandes y del condado de Boulogne) escrita en latín hacia 1195. El autor, cuando presenta al héroe de esta historia, el heredero de los condes, coloca en el centro de su biografía la ceremonia en que éste es armado caballero, el momento en el cual el joven que era un *dominus*, poseedor de un castillo y llamado pronto a suceder en el condado a su padre, llega a ser además un *miles*, es decir, a adquirir un esplendor, una distinción que él considera mayor. No le era suficiente ser un *sire*, era necesario y capital ser además un caballero.

Se observan otros signos que manifiestan inversamente la apropiación por parte de los simples caballeros de distinciones reservadas tiempo atrás solamente a los poseedores de castillos. En las cartas francesas se impone, hacia 1200, la costumbre de aplicar a todos los caballeros el título de *dominus*, que traduce el término francés *messire*, como signo distintivo de su estado. En este momento, los

más humildes caballeros empiezan a transformar sus residencias: si antes vivían en simples fincas, más grandes y ricas que otras, a partir de ahora hacen de ellas una especie de castillos, cavan fosos, levantan torrecillas y construyen lo que se llamó entonces «mansiones fortificadas». ¿Por qué? No solamente por razones de protección; la época era indudablemente más tranquila y más segura. No fue por razones de peligro. Fue para ellos una cuestión de prestigio, el medio de aparecer como castellanos. En el mismo momento, a ejemplo de los miembros de la alta aristocracia, los simples caballeros empezaron a poseer escudos familiares, a adoptar en las costumbres sucesorias prácticas hasta entonces sólo usadas por los poseedores de castillos, tales como los privilegios que favorecían en el momento de división de las herencias al mayor de los hijos a expensas de sus hermanos. Por último, en el mismo momento, la segregación matrimonial que existía entre los dos niveles de la aristocracia (los castellanos se casaban entre ellos) se distendió y se observan con más frecuencia a los caballeros encontrar esposas para sus hijos entre las mujeres pertenecientes a la categoría social que era antaño manifiestamente superior. Acercamiento, fusión. ¿Cuáles pueden ser las causas?

3. Es necesario considerar, en aquel viraje de los siglos XII y XIII, un fenómeno político, el del reforzamiento de los grandes principados regionales. El rey, en una gran parte del ámbito francés, los duques y los condes en Flandes, Provenza, Saboya, Borgoña, Guyena, comenzaron entonces a disponer de medios que les permitieron reducir la autonomía de los pequeños poderes locales que se había erigido alrededor de cada castillo a comienzos del siglo XI, en el momento de la descomposición feudal. Estos poderes regionales aplastaron a los *sires* y redujeron su importancia. Los agentes de los príncipes reivindicaron para sus señores el poder superior, la leva de tropas para la guerra, la alta justicia, todo aquello que había dado prestigio y riqueza a los castellanos. Tendieron a fraccionar los derechos señoriales inferiores; la pequeña explotación de los campesinos, la vigilancia de las aldeas pasaron fragmentariamente

a manos de simples caballeros con el consentimiento de los príncipes, interesados en que se desmembraran las castellanías que los molestaban. En aquella época, los caballeros se apropiaron en los alrededores de sus residencias y de sus mansiones fortificadas de poderes judiciales y fiscales muy semejantes, aunque más limitados, a aquellos cuyo monopolio ejercían los dueños de fortalezas hasta ese momento.

Por otra parte, el rey, los príncipes señoriales, se esforzaron por conseguir el homenaje y los servicios feudales directos de los caballeros, por vincularlos inmediatamente a ellos y apartarlos de su antigua dependencia hacia los castellanos locales. De este modo se destruyeron las instituciones que habían separado a los dos escalones de la aristocracia; de este modo se explica la difusión, la vulgarización del título de *dominus*, de la mansión fortificada, de los escudos de armas...

En cuanto al otro aspecto de la transformación, el valor que adquirió ante los ojos de los castellanos la dignidad y el honor de la caballería, es necesario para explicarlo mencionar un movimiento mucho más amplio, mucho más extendido en el tiempo, que atañe a las representaciones mentales y que llega a su fin precisamente en la época a la que me estoy refiriendo. Desde comienzos del siglo XI en Francia, la Iglesia había forjado un modelo de comportamiento moral, presentado a la aristocracia para justificar sus privilegios sociales, tenía como la misión más apropiada su vocación militar. Digo bien para justificar, pues se les introdujo de esta manera en el plan divino de la salvación del mundo. Este modelo era el del *miles Christi*, el del caballero de Cristo. «Caballero» como los miembros más humildes del grupo aristocrático pero ya no al servicio de un señor, sino al servicio del Señor y combatiendo por él. Ideal que alcanzó a la institución de las órdenes religiosas militares, aquella *nova militia* que celebró San Bernardo. Los más altos señores depositaron sus esperanzas en ser *también* caballeros, en pertenecer a aquel *ordo*, a aquel «orden» que poco a poco se sacralizó: al invadir la liturgia, en los siglos XI y XII, los ritos de la caballería, hizo de ellos un verdadero sacramento.

Así pues, alrededor del ideal caballeresco, de la moral que contenía, de las virtudes de valor y de lealtad, cristalizó la conciencia de clase que poco a poco dio homogeneidad a la aristocracia francesa. Y en la difusión de este modelo de comportamiento el papel principal le cupo a un grupo social al que le he consagrado un artículo aparecido en la revista *Annales* en 1964 (cf. *supra*, cap. 6); me refiero a los hombres que los documentos latinos del siglo XII llaman los *juvenes*, los jóvenes. Estos son adultos, caballeros que aún no están casados. Entre ellos y dirigiéndolos están los hijos de los *sires*, de los *domini*, que alcanzarán esta condición cuando su padre les ceda el lugar. Pero por el momento no son más que caballeros y se esfuerzan por serlo plenamente. Para estos jóvenes, que poblaban las cortes de los príncipes, se compusieron realmente las obras maestras de la nueva literatura de entretenimiento en lengua vulgar, la literatura épica y la literatura amorosa; todos los héroes de estas obras exaltan la caballería. De este modo, la aristocracia de Francia, a la cual el progreso del poder principesco hacia 1200 logró nivelar políticamente disminuyendo el poder de los castellanos, fue también nivelada en el plano de las actitudes mentales, por la valorización de la figura ejemplar del caballero, y encontró finalmente su unidad fundamental alrededor del ideal caballeresco.

Un cierto número de escritos compuestos entre los siglos XII y XIII para un público aristocrático, testimonian semejante cohesión. En primer lugar, obras de una literatura moralizante, a la que podemos llamar también sociológica, en la medida en que las morales que propone corresponden a cada uno de los «estados del mundo», de los diversos cuerpos que componen la sociedad. Una de las más antiguas es el *Livre des Manières*, escrito hacia 1175 por Esteban de Fougères, antiguo capellán de Enrique, rey de Inglaterra, pero antes príncipe francés, conde de Anjou, duque de Normandía y de Aquitania. Esteban identifica a la aristocracia entera con la caballería; ante sus ojos ésta constituye indudablemente un grupo unificado. Unidad de orden económico: el caballero ha sido colocado por Dios encima de los trabajadores para ser mantenido por ellos.

Unidad de misión: el caballero tiene la espada para defender a los débiles y hacer justicia. Y en especial unidad moral: el caballero debe respetar tres deberes principales que son los del *miles Christi*, valentía, lealtad y sumisión a la Iglesia. Si los respeta es un *prud-homme* (hombre probo) y así se iguala a todos los hombres probos, sus pares, sus iguales. Es, pues, ante todo, el ejercicio de estas virtudes lo que une a la aristocracia en un cuerpo homogéneo. Por último, para Esteban de Fougères, que proviene él mismo de este grupo aunque pertenezca a la Iglesia, la superioridad del caballero es natural, hereditaria; se hereda de los antepasados. La caballería reúne a los hombres bien nacidos, a los *gentilshommes* (gentileshombres), como los llamará más tarde la lengua francesa. En razón de este último rasgo constituye en verdad una nobleza.

Este tema fue infinitamente recogido y desarrollado en obras del mismo género. Así, por ejemplo, el tratado escrito por Roberto de Blois, a mediados del siglo XIII, *Enseignement des princes*, contiene para uso de los nobles un cierto número de preceptos de buena conducta. Los nobles deben ser corteses, practicar las virtudes cristianas, y es esta misma moral la que a la vez los distingue de los otros y los hace solidarios. Moral de clase: deben honrar a todos los otros *prudhommes* aunque sean pobres. Por el contrario, deben desconfiar de todos aquellos que no pertenecen a la caballería, los cuales son designados peyorativamente, de manera colectiva, como «siervos». Moral de clase, exclusiva, segregacionista.

Se encuentran los mismos esquemas en otra serie de obras literarias, en las novelas compuestas a comienzos del siglo XIII. Novelas de intención realista, de las cuales las más interesantes fueron escritas por Juan Renart y que presentan a la nobleza como un estilo de vida, como el fruto de una educación particular. Sin embargo, en estas últimas obras se esboza otro rasgo fundamental y sobre el cual quisiera ahora llamar vuestra atención: grupo unificado, homogéneo, unido por su superioridad natural y hereditaria y su común respeto hacia el ideal caballeresco, la nobleza en Francia a comienzos del siglo XIII se siente también una clase amenazada y ante esta amenaza refuerza su cohesión y se cierra.

En efecto, en aquella época, en la literatura se difunde ampliamente un tema muy expresivo de este sentimiento, el del *vilain* (villano) advenedizo. La palabra *villanus* designa originalmente al campesino, miembro de un grupo antitético de la caballería en el seno de la sociedad laica. Pero en el orden moral tiene un matiz peyorativo, que ha mantenido hasta la actualidad en la lengua francesa. El personaje que aparece en las novelas o en los cuentos hacia el año 1200 es un hombre de baja cuna, de mala educación pero que se ha enriquecido, que se ha elevado hasta el nivel económico de los caballeros, que ha tomado su lugar, que se ha transformado en señor, que ha sustituido en su situación, en su propia casa, en sus tierras a los nobles y que, torpemente, villanamente, imita su manera de vivir. Personaje grotesco, personaje escandaloso, pero personaje real. Escándalo del cual es responsable también el mal príncipe que tolera esta intrusión, que favorece tal ascenso social de los no nobles y los acepta en sus consejos o en sus ejércitos. Esta situación es denunciada por la literatura moralizante; por ejemplo, el *Enseignement des princes* que cité hace un momento, exhorta a los grandes señores a defenderse de los «siervos», de toda esa gente que, al no ser de sangre noble, no puede ser valiente ni leal. Reacción de defensa contra los advenedizos que asaltan sus posiciones sociales. Reacción de inquietud de la nobleza ante las dificultades económicas, cuya amenaza comienza a sentir. De hecho, en los documentos de fines del siglo XII y comienzos del XIII encontramos numerosos indicios de estas dificultades económicas y en primer lugar del endeudamiento de las familias aristocráticas. Este endeudamiento era crónico en los siglos XI y XII. Lo que cambia hacia 1200 es que los caballeros no encuentran prestamistas entre sus parientes, sus amigos, sus señores, entre los otros caballeros. Tienen que acudir a los hombres de negocios de las ciudades, a los «villanos». Y les resulta difícil pagar sus deudas. Después de 1200, signo de dificultades más profundas, deben vender.

Vender en primer lugar su homenaje a los príncipes que recuperan en feudo los dominios que sus antepasados habían poseído con toda independencia. Vender también tierras, fragmentos de sus señoríos, y ¿a quiénes? A personas no nobles que poseen dinero y que por estas adquisiciones se convierten en los villanos advenedizos de los que se burla la literatura.

Otro signo: las dificultades que encuentran las familias aristocráticas para armar a sus hijos caballeros cuando llegan a adultos. Es una ceremonia costosa, en la que hay que gastar mucho dinero, y el dinero escasea. Se espera una oportunidad. El hijo está en edad de ser caballero pero no lo es; espera un feliz azar, un ingreso de capitales o más bien la generosidad de un señor que se haga cargo de los gastos de la ceremonia. El número de estos hijos de caballeros sin armar poco a poco se acrecienta. En la región de Mâconnais, en el sur de Borgoña, no existían antes de 1200; en 1250 constituían más de la mitad de la aristocracia. Los príncipes se inquietan, pues el servicio militar que se espera de la nobleza corre el riesgo de reducirse. En 1233 el conde de Provenza promulgó un estatuto en el que se distinguían en el seno de la nobleza tres categorías: los *domini*, los *milites* y los *filii militum*. A éstos se les ordenaba armarse caballeros bajo pena de perder los privilegios fiscales de que gozaban.

Fue en este preciso momento cuando, para defenderse, para protegerse de una decadencia social que engendraba su empobrecimiento, la aristocracia en Francia inventó un título particular para designar a aquellos hombres que por su nacimiento podían ser caballeros, pero que, faltos de recursos, no lo eran aún. Este título —*armiger*, «escudero», en el norte de Francia; *domicellus*, «doncel», en el sur— es realmente un título nobiliario, puesto que expresa una superioridad social que no se refiere a un estado, a una función, como el título de caballero, sino solamente al nacimiento. Su adopción, su difusión a comienzos del siglo XIII muestra claramente que toda la aristocracia se concebía ya como una nobleza, como una casta abierta a todos los bien nacidos, aunque fueran pobres, como una casta cerrada para todos aquellos que no fueran de alta cuna.

¿Dificultades económicas? ¿Cuáles son sus causas? Marc Bloch proponía encontrarlas en una modificación de la gestión de los dominios aristocráticos, en el abandono de la explotación directa de la tierra, en la transformación de los señores en rentistas en el momento en que la depreciación de la moneda reducía progresivamente el valor de la renta territorial. No pienso que esta explicación sea válida. Mis estudios sobre la economía rural me persuaden de que la explotación directa no fue abandonada, de que las empresas de roturación, la creación de viñedos, el desarrollo general de la productividad, acrecentaron, por el contrario, a comienzos del siglo XIII, la renta territorial. Los beneficios en constante alza de los diezmos, los molinos, los impuestos sobre las herencias, el paso de los derechos señoriales y en particular de la talla, percibidos hasta entonces sólo por los castellanos, a manos de los caballeros, permitieron a todos los nobles extraer del campesinado ingresos en dinero mucho más importantes que aquellos de los que disponían sus antepasados.

En último análisis, es necesario ver el origen de las dificultades económicas de la aristocracia no en la disminución de los ingresos sino en el aumento de los gastos. Llevar una vida noble costaba indudablemente mucho más caro en el siglo XIII que en el XII. A causa del perfeccionamiento del equipo militar (los progresos más rápidos de la civilización material atañen a los armamentos) se hicieron cada vez más pesados los gastos requeridos para ser armado caballero. Pero también se hizo sentir más el peso del Estado. Reencontramos aquí la incidencia de ese fenómeno del que ya he hablado, el reforzamiento de los poderes del príncipe. El rey, el duque, el conde, son más exigentes que lo había sido el castellano; servirlos cuesta mucho más caro. En el marco de las instituciones feudales, al servicio de corte y de combate se sumaron cargas fiscales. Se debía pagar al señor del feudo impuestos de sucesión; en ciertas oportunidades era necesario entregarle una ayuda en moneda.

Por último, y sobre todo, ser noble significaba derrochar, tener la obligación de aparentar, estar condenado, bajo pena de decadencia, al lujo y a los gastos. Agregaría

que esta tendencia a la prodigalidad se afirmó a comienzos del siglo XIII como reacción ante el ascenso social de los nuevos ricos. Para distinguirse de los villanos era necesario mostrarse superiores, manifestándose más generosos que ellos. El testimonio de la literatura es aquí preciso. ¿En qué se oponen el caballero y el advenedizo? Este es avaro, aquél es noble porque gasta todo lo que tiene alegremente y porque está cubierto de deudas. Esta actitud es ciertamente la causa de la dramática distorsión entre los recursos —no obstante acrecentados— de los nobles y su necesidad de dinero. La causa, en todo caso, de la multiplicación de los *prud'hommes* pobres.

Para éstos, ¿cuál era la solución? La más segura: servir a un príncipe. Otro rasgo de la nobleza francesa a partir del siglo XIII es su progresiva domesticación. Se precipita hacia el rey, hacia el príncipe regional —que gracias a los progresos del fisco disponen de recursos monetarios considerables—, para obtener un empleo remunerado que los saque de apuros. Sirven en el ejército puesto que el servicio militar desde fines del siglo XII tiende a convertirse en un trabajo mercenario, a sueldo. Sirven en los puestos de la administración, pues la reconstrucción del Estado requiere la ayuda de numerosos agentes. Pero en estos puestos el caballero comienza también a encontrar competidores: hombres de pocos recursos, de humilde nacimiento, «villanos», «siervos», pero eficaces, como esos vigorosos aventureros que Felipe Augusto contrata para que lo ayuden en la guerra y que, más hábiles que los caballeros, se apoderan de Château-Guillard; como esos burgueses de París a quienes Felipe Augusto encarga administrar su tesoro puesto que entienden más de asuntos financieros que los caballeros.

Escándalo: la literatura caballeresca denuncia a estos malos príncipes que se rodean de plebeyos y no reservan a los gentileshombres los empleos en sus cortes y las pensiones que necesita la nobleza para consolidar sus posiciones económicas. Reacción de la vieja aristocracia que se repliega sobre la única superioridad que le queda, una superioridad moral, ética, una superioridad de estilo de vida, y que se cierra aún más estrictamente.

Consideremos un último punto. ¿Fue esta reacción eficaz? ¿Llegó la nobleza efectivamente a cerrarse? En absoluto. Parece, por el contrario, que a comienzos del siglo XIII la frontera que la separaba de las clases inferiores se hizo menos hermética. E. Perroy ha realizado recientemente estudios precisos sobre la aristocracia de una pequeña región que conoce bien, el condado de Forez en el oeste de Lyon. Sus investigaciones han demostrado que, en el curso del siglo XIII, un gran número de familias nobles de aquella región desapareció y que los vacíos así producidos fueron llenados por recién llegados, por los servidores de los grandes establecimientos religiosos o del condado, por burgueses enriquecidos en los negocios, a veces incluso por campesinos que habían concentrado tierras.

Ascenso social, renovación: algunos «villanos» han logrado forzar las barreras e infiltrarse en la nobleza. ¿Cómo?

A menudo, gracias a casamientos: es frecuente, en efecto, que los nobles acepten dar sus hijas sin dote en matrimonio a un plebeyo. En verdad, el marido sigue siendo lo que es, un Don Nadie, al que se desprecia. Pero los hijos que nacen de esta unión heredan la buena sangre de su madre y llegan a ser aceptados en la casta de los bien nacidos.

Pero a menudo también interviene el príncipe o el Estado cuyo papel reaparece aquí. Recluta a villanos para el servicio porque son útiles, porque han realizado, a veces en Bolonia, estudios que el perfeccionamiento de la administración hace ahora necesarios. Pero para que su servicio sea más eficaz, en las funciones de gobierno donde se establecen, se hace necesario que manejen la espada. El príncipe, transgrediendo entonces por derecho soberano la costumbre que reservaba a los hijos de los nobles este privilegio, los arma caballeros. La posición que ocupan los ennoblece. Porque, en el centro de las estructuras aristocráticas, en el centro de la idea de nobleza, permanece, como en el siglo XII, como en el siglo XI, aquel valor eminente, esplendoroso, glorioso, ennoblecedor que es la caballería.